

## DANIEL BELL

# VIAJE AL PAÍS DE LA PERESTROIKA

Traducción de JUAN ALMELA

*Nuestro amigo y antiguo colaborador Daniel Bell (autor de The End of Ideology, un libro fundamental, que acaba de ser reeditado con un importante postfacio) nos envió una copia del extenso diario en que recoge las impresiones y reflexiones de su viaje, la primavera pasada, a la Unión Soviética. Publicamos a continuación dos fragmentos de ese*

*diario: el primero describe una conferencia de Bell en la Universidad Estatal de Leningrado; el segundo, una conversación con el sociólogo Boris Grushin, director del Centro para el Estudio de la Opinión Pública sobre los Problemas Socioeconómicos de la Unión Soviética.*

### EN LA UNIVERSIDAD ESTATAL DE LENINGRADO

SUBIMOS DOS TRAMOS de escalera y nos encontramos ante un gran corredor que medía, según se me informó, 500 metros de largo. Del lado izquierdo había hileras de ventanas. A la derecha, series de grandes armarios, cuyos cristales estaban reforzados con tela de alambre, preservando estantes de libros. Al avanzar, pasamos por puertas que daban al corredor; hacia la mitad, nos metimos por una y nos encontramos en una antecámara atestada de gente que miraba hacia unas puertas cerradas. Al entrar, se alzó un rumor emocionado cuando la gente se volvió para mirarnos y la multitud retrocedió para abrirnos algún espacio. Una linda joven menuda, con blusa blanca y falda oscura, me fue presentada como traductora. Señaló ella que no era intérprete profesional sino estudiante graduada en lingüística y —ruborosa pero con ojos lucientes— que le honraba la tarea que se le había encomendado. Dijo llamarse Ana.

Las puertas se abrieron, la muchedumbre nos abrió paso y entramos, seguidos por todos. Era una habitación silenciosa, rectangular, con paredes de yeso y paneles de madera, estuco y vieja pintura que animaba la lisura a intervalos. Al fondo del cuarto había un estrado donde no había nada, aunque daba el efecto de que allí podría ponerse un piano para un recital. No había atril y era visible que sencillamente esperaba que la joven y yo, de pie, hablaríamos desde allí. El recinto se llenó en seguida; estimo que habría entre 250 y 300 personas. Nadie presidía. El secretario del exterior le murmuró algo a Hutcheson, quien se puso en pie e informó en ruso al auditorio de mis antecedentes y logros. Se volvió a mí, movió la cabeza y empecé.

Al hablar hacía yo una pausa tras cada frase breve y la joven traducía con soltura. Conforme procedía, mi voz se hacía más firme, más resonante, y no tardó en establecerse entre ambos un ritmo monótono; las ondas sonoras se extendían

sobre el auditorio mudo, en un dúo de barítono y soprano, estrofa y antistrofa, en un vaivén que subía y bajaba sin cesar. Conforme hablaba (sensación conocida por maestros experimentados), me daba cuenta de que el público empezaba a moverse siguiendo el ritmo, oscilando en los asientos, dándome la impresión de que mientras hablaba contemplaba un trigal ruso dorado al sol, cuya luz entraba a raudales por la izquierda, mientras las espigas se mecían dulcemente en la brisa. El silencio se acentuó más todavía y sentí que nuestras dos voces entonaban un canto popular o religioso. Por momentos parecía que se alzaban suspiros del auditorio, como si los alientos contenidos se liberasen juntos en una onda que nos alcanzara en tanto nuestras voces se alzaban y callaban en aquel lento y continuo *Singspiel*.

¿De qué hablé? A decir verdad, no me acuerdo, cuando menos conscientemente. También yo estaba atrapado por aquel ritmo y por el sentimiento de comunión que había hecho presa en el auditorio. Hablé casi como si orase en algún *stetl* de sinagoga donde mi abuelo, el *melamid* cuyo nombre recibí, dirigiera el Hallel en un canto cordial.

Terminamos y hubo una larga pausa. Nadie se movió. No hubo siquiera murmullos o el acostumbrado cambio de postura en los asientos. Silencio sólo. La muchacha me miró serenamente, sonriendo. Inmóviles, sólo nos faltaba estar agarrados de la mano.

A fin de romper el silencio, dije lo que otras veces al hacerse una pausa embarazosa después de hablar, salvo que esta vez no había embarazo: —Me siento ahora como el rabino después de una lección; tengo una respuesta, ¿quién tiene una pregunta...? El cuarto se llenó de risas y de pronto se alzó un zumbido animado al ponerse todos a comentar con sus vecinos y a sonreír tras mis palabras.

Un hombre habló. Parecía tener poco más de treinta años y me di cuenta de que se expresaba con bastante torpeza. —Nos ha hablado usted —dijo— de la tecnología y de cómo

ha cambiado nuestro mundo. Pero si miramos a nuestro alrededor y vemos la destrucción que la tecnología ha creado, ¿no sería mejor que hubiéramos dejado las cosas como Dios nos las dio?

Pensé que aquella afirmación y pregunta eran de lo más inesperado y pasmoso. Por añadidura, nadie rio ni abucheo. Hubo quien frunció el entrecejo o pareció molesto, pero todos esperaron, interesados, mi respuesta. ¿Podría yo contestar *tal* pregunta?

Empecé diciendo que ignorábamos lo que Dios esperaba de nosotros, si bien las enseñanzas religiosas recomendaban amor y caridad (usé a propósito la palabra hebrea *tzdakkab*). Pero si no mirábamos a Dios sino a la naturaleza, era visible que, librado a sus propias fuerzas, al hombre no le era fácil sobrevivir en el mundo. Observé que el poeta griego Hesiodo (así como, más tarde, Sófocles en una pieza teatral) narró la historia de los dos hermanos, Prometeo y Epimeteo. Al llegar aquí, la traductora, por vez primera, tropezó con el segundo nombre, pero al menos tres o cuatro personas del auditorio le soplaron el nombre de Epimeteo. Era claro que una parte del público tenía formación clásica. Señalé que en el poema a Epimeteo se le encomendaba dotar a todas las especies con lo necesario para vivir en el mundo; unas recibieron ligereza, otras vigor, las débiles gozaron de fertilidad y otras de astucia, pero cuando llegó el tiempo de que el hombre saliera al mundo, Epimeteo había derrochado la provisión de atributos y el hombre, descubierto e inerme, se vio desamparado frente a la naturaleza. Prometeo, indiqué, no sólo robó el fuego de los dioses, sino que su nombre significaba provisión, pues sin provisión estaríamos perdidos.

Hubo otras preguntas, más prosaicas, acerca de la tecnología, y entonces alguien preguntó: ¿no significaba planeación la provisión? y entonces ¿qué me parecía la perestroika?

Qué responder, una vez más. Yo no quería dar la respuesta algo manida que ya había ofrecido por la mañana. No había impartido una charla técnica ni —a mi parecer— el público esperaba una contestación técnica. Era algo más hondo lo que impulsaba el interés, algo religioso o político.

Dije que, de joven, había leído un libro de un hombre cuyo nombre, hasta hace poco, era tabú en la Unión Soviética, León Trotski (súbita quietud en el recinto); allí Trotski, exponiendo *El capital* de Marx (se trataba del libro *Pensamiento vivos de Marx*), decía que bajo el capitalismo cada hombre pensaba en él mismo, pero ninguno pensaba por todos. Añadí que, de joven, me había impresionado mucho esta afirmación, si bien, al ir envejeciendo, empecé a pensar si habría *alguno* que pudiera pensar por todos: ¿Cómo iba a ser posible?

Un leve estremecimiento de regocijo pareció recorrer el auditorio. Al fondo, sin embargo, una mujer rechoncha se levantó y dijo en tono algo estridente (no hacía falta traducción para notar la intención): —¿Y ha leído usted algo más sobre *El capital* aparte de Trotski?

Los oyentes se pusieron tensos. —Sí —repliqué—, leí *El capital*, volumen uno; *El capital* volumen dos (para recalcar, repetí cada vez la palabra "capital"); *El capital*, volu-

men tres. (En el público empezaron sonrisas y risas mientras la mujer, todavía en pie, comenzaba a impacientarse.) Leí también las *Theorien über den Mebrwert*, la colección inconclusa y póstuma sobre la plusvalía editada por Karl Kautski y —continué— hasta he leído lo que decían otros rusos, aparte de Trotski, sobre *El capital*. —¿Quién? —me atajó ella. —Algunos buenos economistas —dije—; he leído a Tugan - Baranovski y hasta a Bujaron. Una oleada de risa recorrió el recinto. Delante de mí, un hombre asentía lentamente con la cabeza, canturreando encantado, como en un sueño, —Tugan - Baranovski, Tugan - Baranovski... —como un tamtam.

Siguieron más preguntas, ávidas. Ya no me acuerdo de cuáles fueron, con excepción de la última, triste. Un joven de adelante se levantó, buscando con dificultad las palabras. —Ha hablado usted de tres revoluciones tecnológicas. Por lo que sé de la literatura y la cultura, la primera revolución tecnológica nos dio a Balzac y a Zola. La segunda revolución tecnológica nos dio a Heidegger y a Sartre, y acaso a Hermann Hesse. ¿Qué autores han surgido o qué podemos esperar de la tercera revolución tecnológica?

¿Qué hace uno ante una ingenuidad tan exquisita? Repliqué tranquilamente que yo no creía que la tecnología, o la subestructura de la sociedad, generase diferentes modos de cultura. De ser ése el caso, podría separarse con tabiques las épocas de la historia y nos sería difícil responder a la cultura a través del tiempo y el espacio. La cultura, en lo más hondo, obedece a los impulsos más profundos de los individuos ante los predicamentos existenciales a los que todos debemos enfrentarnos, como la muerte o la tragedia. El análisis marxista, dije, no daba razón de la persistencia de las grandes religiones históricas a lo largo de los milenios, en tanto se desplomaban imperios, desaparecían modos de producción y se disolvían sistemas políticos. Leemos *Antígona* a causa de su impulso de enterrar debidamente al hermano y, de ser preciso, desafiar al Estado; impulso que no borran el tiempo o la tecnología, según veamos en la extraordinariamente moderna versión de *Antígona*, uno de los grandes clásicos rusos de la era soviética y una de las grandes obras de "esperanza"; el libro de Nadezhda Mandelstam, *Esperanza contra esperanza* (el juego de palabras no necesitaba ser traducido al ruso), la búsqueda de esta extraordinaria mujer para hallar el cuerpo de su marido, desaparecido en las purgas estalinistas, a fin de darle sepultura decente.

Volvió el rumor. Llegado a aquel punto ya no respondí, no pude responder más. Me interrumpí, dije *spasibo* al público y descendí del estrado. Un momento después se alzó una ola de aplausos y se abalanzaron estudiantes que me rodearon murmurando gracias, gracias, por favor vuelva, por favor vuelva. Apenas conseguí contener las lágrimas, debidas a la tensión y la emoción de aquella extraordinaria tarde. No me sentía exaltado, sólo exhausto. Y triste, triste al ver qué hambre tan palpable —y tan insatisfecha— despertaba semejante plática. Sentí asimismo una extraña turbulencia en mí mismo. Llevaba años combatiendo conmigo mismo a fin

de evitar discursos emotivos, por ser fáciles, baratos, sentimentales, lacrimosos. Muchas veces, oyendo hablar del Holocausto, tenía que encogerme o que tensarme para retener los sentimientos contradictorios que experimentaba —ganas de llorar y resentimiento ante la manipulación de la emoción por parte del orador, aun sin proponérselo. No podía ni enfrentarme a las largas sesiones de *Sboab*, aunque el propio Lanzmann procuraba mitigar y ser conciso. En las conferencias que suelo pronunciar, más frecuentes en los últimos años, sobre tecnología o economía, he intentado exponer de modo ilustrativo y ser, en la medida de mis alcances, ingenioso, molesto ante los afanes baratos de otros por ganarse al auditorio. Aquella tarde intenté hablar simple y llanamente. Con todo, a pesar mío, el ritmo de la plática, la estrofa y la antistrofa, me había arrebatado sobre las olas, hasta arribar a la otra orilla.

### PLÁTICA CON BORIS GRUSHIN

Todo esto lo habíamos dicho en pie y, al irme a sentar, Grushin se dirigió hacia mí y, de modo sorprendente, me ciñó con los brazos y me dio un buen estrujón mientras decía, radiante: —No tiene usted idea del gusto que me da esto. Nunca solé volverlo a ver, y menos aquí en Moscú.

—No sabrá usted por qué, por supuesto —añadió. Entonces se dirigió a un librero, sacó un volumen y, con él en la mano, me lo tendió: —Por causa de usted me apartaron de mi trabajo y me enviaron al destierro.

Me estremecí involuntariamente, pensando con susto en Siberia o en algo peor. —Ve —me dijo, abriendo el libro intitulado *Massovoi soznanie*—, en 1966 empecé a escribir acerca de la idea de la sociedad de masas, concepto que desconcertó a muchos de mis colegas, y extraje buena parte de mi clasificación de su libro *El fin de la ideología*. La idea fue perturbadora para alguna gente y Rutkevich hizo suprimirla y yo fui desterrado... a Praga. (Al oír esto sonreí, luego de sentirme culpable de una posible consecuencia involuntaria de mi obra.) Sólo que en Praga no pude trabajar en serio, de modo que empecé un libro sobre el humor de las cervecerías checas, de las cuales visité 900 recopilando bromas. ¡Y lo publiqué! (Qué diferencia —pensé— entre escribir *Cuentos del Kolyma* y *Humor checo* —la distancia, me imagino, entre Stalin y Brezhnev.) Pero venga, sentémonos y hablemos.

Hablamos durante unas tres horas. Varias veces nos interrumpieron llamadas telefónicas y Grushin se disculpaba diciendo que desde el anuncio en *Pravda* lo bombardeaban las llamadas de varios sociólogos y otras personas que deseaban adherirse al Instituto. Se excusó por el desorden de su despacho y pidió a un colega que trajera alguna fruta, galletas y agua mineral, lo cual realizó el otro en broma, entrando con una gran bandeja, acercándose con pasos medidos y depositándola con una reverencia. Era evidente que reinaba alto grado de camaradería en la oficina. Tal como acabo de decir, charlamos unas tres horas. ¿De qué? Sólo puedo constatar que acerca de todo. No tomé notas después, por con-

servar la impresión, quizás injustificada, de que no era prudente hacerlo. Tengo más costumbre de confiar a la memoria la selección de los elementos importantes de una conversación, por haber notado que el acto de escribir notas de inmediato (modo, a menudo, de aplacar angustias) lo despoja a uno de la tensión emocional que se generó, con lo cual tales notas parecen "muertas" al ser releídas. En vista de la alta emoción que experimenté y del extraordinario recibimiento que había yo merecido, pensé que más valdría confiar a mis sentimientos el retener lo esencial de aquella conversación, incluso hasta más de un mes después, que es cuando escribo esto.

Hablé en inglés, que Grushin entendía con mucha facilidad, pero él prefirió hablar en ruso, que Ana traducía. Pregunté primero por los alcances del Instituto y por lo que se proponía hacer. En efecto, ¿qué significaba estudiar la "opinión pública" en una sociedad como la soviética? También había leído un ensayo de Grushin en inglés, en *Moscow News*, enviado por un colega; allí era censurada la nueva moda de hacer exámenes de la opinión en los periódicos y publicar los resultados, sosteniendo que por fuerza resultarían espurios.

Andropov ha dicho —empezó diciendo— que ésta es una sociedad que no se conoce a sí misma. Parpadeé al oír mencionar a Andropov y, quizá por falta de valor, no pregunté por qué traía su nombre a colación. Según múltiples informes y sospechas, Andropov había emprendido el proceso de "reforma", pero cayó enfermo tan pronto, que no hubo modo de verificar aquellas historias. Chernenko sucedió a Andropov y todo se atacó por un tiempo. Gorbachev, según parece bien claro, fue descubierto por Andropov, traído a Moscú y promovido por él al Politburó. Es uno de los misterios de la vida soviética que un historiador venidero, si no es que un novelista, tendrá que poner en claro. Aquí no puedo sino anotar lo.

—Lo que no comprendemos —dijo Grushin— es la burocracia. Ninguna de las teorías disponibles, incluyendo la de Weber, nos sirve para nada. La burocracia llena cada poro de nuestra sociedad y no está claro si alguna vez conseguiremos librarnos de ella; sin embargo, no podemos seguir funcionando con semejante burocracia, pues estrangula nuestra vida. La burocracia rusa, en mi opinión, es algo único en la historia de la sociología.

¿No podría esto deberse —pregunté— al hecho de no haber tenido ustedes nunca, en toda la historia rusa, el sentido de la sociedad civil? Bajo el zar tuvieron ustedes una burocracia patrimonial, por usar el término de Weber, y después el Partido empezó a ocupar todo el espacio social en virtud de su propósito declarado de movilizar la sociedad para arrancarla de su pereza. ¿No declaró Lenin que debemos romper con la sociedad de oblomovistas y sacudir a los Platon Karataev que en su pasividad actúan como rémoras del "progreso"?

—Sí —contestó—, algo hay de cierto en eso, pero no creo que sea, en nuestra situación, enteramente culpa del Partido. En los años 20 tuvimos vigorosos debates acerca de la industrialización y la colectivización, pero fue sólo cuando aque-

los debates fueron brutalmente interrumpidos cuando comenzó a establecerse la atrofía. (Ni Grushin ni yo pronunciamos los nombres de Stalin y la *Yezhovsbchina*.) Tal era —pensé— la esencia de Gorbachev. Ya fuera por cínica necesidad de legitimación o como acto de auténtica convicción, retornó al Lenin de los años 20. Fueron los días dorados del partido y después llegaron los virajes desastrosos. Acaso sea también la base de la restauración de Bujarin a un puesto honroso en la historia del Partido, visto que muchos temas de la *perestroika* podían ser remitidos, en cierta medida, a Bujarin. La NEP introdujo algo de empresa privada y de mercados. Pero sólo representó un respiro y de ella no se desprendió realmente ninguna dirección clara.

—Pero si se remonta usted a los años 20 —dije—, ¿qué hace usted con el Décimo Congreso del Partido y el ataque de Lenin contra Shliapnikov y el grupo de Oposición de Trabajadores? (Grushin tomó este comentario como cosa evidente: aquí estábamos nosotros, de una generación vieja, él bolchevique, yo menchevique, buscando los giros errados del "desarrollo social"; yo no pude, con todo, dejar de pensar en lo irónico de que yo llevara adelante semejante discusión, emprendida casi cincuenta años atrás en los gabinetes del City College, y ahora en Moscú. Ignoro qué pensaría Grushin de aquella calidad de Alicia en el país de las Maravillas.) —Decisiones como aquellas —dijo— eran siempre tomadas bajo coacción; acaso fuesen acertadas... o equivocadas. El punto importante es que luego no podíamos retroceder y reconsiderar.

—Y ahora... —dije. Él se encogió de hombros. Se dirigió a su escritorio y tomó un periódico, la *Sovietskaya Rossiya* (órgano de la Federación Rusa). Me señaló un artículo cuyo título era "No puedo olvidar mis principios". —Un signo peligroso —dijo—. El periódico mismo no había sido hostil a Gorbachev, pero el hecho de que ahora imprimiera aquel largo artículo, seguramente de un maestro de escuela de Leningrado, resultaba perturbador. El artículo afirmaba que la *perestroika* podía ser "una amenaza al socialismo" y que por muchos yerros que hubiera habido en el pasado, el Partido había establecido algunos caminos fundamentales que debían ser conservados. (Mi conversación con Grushin fue el 18 de marzo. Tres semanas después *Pravda* lanzó un editorial en primera página atacando a *Sovietskaya Rossiya* por envolver en un lustre nostálgico la era de Stalin y declaraba: "silenciar los puntos dolorosos de nuestra historia equivale a desdeñar la verdad y mostrar falta de respeto hacia quienes fueron víctimas inocentes de la ilegalidad y el dominio arbitrario." Como informó el corresponsal en Moscú del *Times* de Londres: "La amargura del comentario fue vista como testimonio de las discusiones que están destrozando la unidad del Partido en discusiones a puerta cerrada. Irónicamente, en los meses recientes los medios occidentales de noticias han sido atacados en la prensa oficial por osar insinuar la existencia de tales dimensiones profundas.") Era claro que Grushin y sus amigos habían reconocido de inmediato el sentido y la importancia de aquel artículo. Claramente, también, esta-

ban trazadas las líneas y cada bando sabía dónde estaba. Pero *Pravda* necesitó tres semanas para salir con una respuesta.

Le pregunté a Grushin qué se proponía hacer el Instituto. Sacó entonces un "diagrama de organización" y dijo que planeaban establecer 25 centros diferentes, en distintas partes de la Unión Soviética, para intentar plantear preguntas a grupos de gente acerca de lo que les pareciera que podrían hacer con lo que necesitaba hacerse. (Pocos meses antes, Zaslavskaya había concedido una entrevista a un periódico yugoslavo, en la cual declaró que el trabajador soviético estaba tullido como ser humano a causa de los grilletes que llevaba, y que la *perestroika* no podría tener éxito mientras el trabajador soviético no dispusiera de más voz.) —Ésta es —dijo— nuestra concepción de la democratización, del despertar la conciencia y promover la iniciativa. —¿Significa eso —pregunté— que el partido renunciará a la *partiinost*? —En su forma vieja —contestó—, así lo espero. Hace falta menos *partiinost* en la cultura y con seguridad se necesita más crítica y consideración a las vidas auténticas de la gente. En cuanto a las metas de la sociedad, tal seguía siendo la tarea histórica del Partido: establecer las metas —recalcó—, pero no necesariamente dictar todos los medios.

Planteé a Grushin la pregunta que me habían hecho toda la semana, en Leningrado y Moscú: ¿puede funcionar la *perestroika*? —Con dificultad —respondió. El problema no era nada más los precios falseados, el aprovechamiento despilfarrador de los recursos y la carencia de un esquema de contabilidad adecuado. Todo ello podría obtenerse con maniobras hábiles. El verdadero problema —dijo— era la "ocupación plena". Lo que esto significaba era que tres oficinistas desempeñaban la labor de dos. Al mismo tiempo, había escaseces en cuanto a trabajadores de la construcción y conductores de transportes, pese a ser los salarios considerablemente mayores que el promedio. (¿Habrá razones de condición social, setenta años después de la revolución, para que la gente quisiera sólo labores de oficina, o sería sencillamente que a la gente no le gustaba trabajar a la intemperie en el invierno ruso, o acaso fuera cosa de la enfermedad parasitaria rusa llamada burocracia, que llenaba todos los poros de la sociedad? Pero no expresé estas cuestiones.) ¿Cómo dejar desempleada una gran parte de la población, después de que la Revolución prometió a cada quién un trabajo? ¿Y cómo romper esa intrincada red de conexiones que rebasa cualquier regla formal y revuelve los papeles por todas partes, de modo que jamás se toman decisiones y, cuando se toman, no son cumplidas muchas veces? Tal es la piel secreta de la burocracia. Existe en ruso la expresión *na levo*, que significa no sólo "quitarse de encima los libros" sino actuar de modo que la mano derecha nunca sepa lo que hace la izquierda (*levo*). Este género de acrobacia se ha vuelto un arte elevado, abstracto.

La conversación no fue tan formal o didáctica como esta reconstrucción tiende a sugerir. Grushin era un hombre alegre y, dado nuestro interés especial en el humorismo —en mi caso las historias yiddish—, consagramos largo tiempo, intermitentemente, a intercambiar historias. Le pregunté si

había descubierto alguna nueva teoría acerca de las etapas del desarrollo en la doctrina marxista y le narré una conversación, muchos años atrás, en Varsovia, con Eduard Lipinski, el gran viejo del socialismo polaco, quien afirmó: "Hemos aprendido que el feudalismo fue la edad de la madera, el capitalismo la edad del hierro, y el socialismo... la edad del papel." Grushin replicó que existía un correlato sociológico de dichas etapas del desenvolvimiento económico: tenemos al principio la teoría del socialismo como forma internacional de la raza humana, después la idea del socialismo en un solo país y ahora, en Rumania, el socialismo en una sola familia.

Le indiqué que Gorbachev estaba demostrando también ser un pensador marxista creativo, ya que había aplicado la teoría de las contradicciones de Marx fecundamente a la Unión Soviética. —¿De qué modo? —preguntó Grushin. —Usted sabe, por supuesto —contesté—, que para Marx la clave de todo desarrollo social está en la contradicción entre las fuerzas de producción y las relaciones sociales de producción. Los marxistas pensaron siempre, claro está, que esto se aplicaba al capitalismo. Pero Gorbachev ha mostrado que se aplicaba asimismo a la sociedad soviética, donde se da una contradicción entre las fuerzas de producción y las relaciones sociales: la burocracia.

Grushin comentó: —Me hace usted sonreír, ¡a la rusa! La palabra burocracia lo devolvió a dicho tema. —Creo que le interesará una propuesta que estamos dirigiendo al Fondo Internacional para un Mundo no Nuclear de Supervivencia de

la Humanidad, establecido por Armand Hammer, un proyecto internacional de investigación para estudiar la burocracia. La propuesta, que me entregó, enunciaba secamente que la burocracia impide la innovación, "es un factor presente en todos los niveles de la jerarquía social y la jerarquía del poder" y es un factor no sólo "en la esfera de la administración sino en todas las demás esferas de la sociedad moderna" y, como tal, "es desde hace mucho una de las auténticas amenazas a la supervivencia de la humanidad".

Se acabaron las risas. Por un corto rato se había detenido el tiempo. Había sido una conversación —bromas, historia, referencias sociológicas— como las que yo podía tener y había tenido en Cambridge, Mass., y en Cambridge, Inglaterra. Me retiraba y retornaría a lugares donde sería posible continuarla. Sólo que estaba en Moscú y seguía siendo una cuestión abierta si la *glasnost*, que para personas como Grushin representaba aire fresco para llenarse los pulmones, permitiéndoles respirar, duraría o sería asfixiada.

Nos levantamos. Hubo una pausa embarazosa. Grushin tomó un ejemplar de su libro —publicado, noté, en 1987— y escribió en la página del título: "Al Prof. D. Bell, con los mejores deseos, en recuerdo de nuestro encuentro en Moscú, B.A. Grushin, 18.03.88." Volví la página. Había dos citas como epígrafes. Una era de V.I. Lenin. La segunda, que parecía algunas líneas de poesía en letras rusas, de G. Apollinaire. Qué extraordinario contrapunto. Dos manos estrecharon torpemente otras dos manos, y nos separamos.

## LA VIDA (A)LEVE

### CONTRAELEGIA PARA RAMÓN LÓPEZ VELARDE

EDUARDO LIZALDE

Escribo en un día oscuro, Ramón,  
este poema hipócrita  
para un concurso en tu homenaje,  
que promete unos oros codiciables.  
(Las musas son, a veces, crueles como las parcas).

Lo escribo enfermo,  
como la más ornamental y vergonzosa  
de las vilezas diarias,  
como un acto de purísima traición.

Me vendo y prostituyo al escribirlo  
por estos treinta dineros ilusorios,  
aun a sabiendas de lo que harán ahora  
con tu prestigio claro de pecador lascivo,  
tu verba transparente de promiscuo espontáneo,  
todos estos zopilotes pacatos  
que aspiran a la alcántara oficial,  
y todas esas niñas que hoy engolan,  
de puntas y de azul, la *Suave Patria*.  
(Lamento no estar contigo en momentos difíciles).

Y es verdad un oscuro y miserable día,  
porque no encuentro cosa visible para el ojo  
a simple tiro de mirada.

Me basta ver un pájaro a lo lejos  
para hacerlo caer envuelto en llamas.

Yo, tu entonado más fiel,  
el otro extremo de esa calle cordial en que caminas,  
te lloro aquí en Jerez, por Adonais de pueblo,  
por todo lo que te hacen: ponen versitos tuyos  
por nombres a las calles,  
prohíben el alcohol lírico y santo, que libabas sin pena,  
y se juegan la honra de tus huesos piadosos  
a la triste baraja del folclor de provincia.

Y yo les hago el juego, acompañado  
por la carnicería feroz de los declamadores  
y jilgueros que odiabas.

No logro al fin hacer ni enviar el texto,  
pero me voy pensando en otro,  
para ganar el premio: ¿cómo hacer que lo compren?  
¿Qué brazo damos a torcer?  
¿Cómo echar por el lomo espesa  
lana o vello razonable  
para vender al año la zalea?

[Irrespetuosamente, en el centenario del nacimiento  
de RLV, 1888 - 1988].